

ejército; que estaba, en pago de su desercion, á dos dedos de la muerte; que sabia cuánto deseaban los suyos un saqueo; que contemplaba, en los espejismos sangrientos de la ambicion, Roma y Florencia, las dos primeras ciudades, no de Italia, del mundo, tendidas á sus piés, ¡ah! esquivaba todo encuentro con el Virey de Nápoles y el legado del Papa, y subia las vertientes occidentales del Apenino para ganar las orientales y desde ellas lanzarse, feroz y devastador, sobre los viciosos campos de Toscana y su incomparable capital. Así es que, al topar con los portadores del dinero, desahucióles diciendo que exigia doscientos cincuenta mil ducados, cantidad imposible de reunir en aquellas circunstancias, como sabia el mismo que la demandaba. Libre ya de estos obstáculos morales, quiso encaminarse á Florencia, y entrara en ella, de no impedirselo el arribo del ejército de la liga, mandado por el duque de Urbino y por el marqués de Saluces. El Papa, entre tanto, volvía de nuevo á la liga, que acababa de abandonar, y pedia dinero á Francia, dinero á Inglaterra, dinero á Venecia, en cambio de una excomunion lanzada sobre el Emperador y de un entredicho puesto en su Imperio para que todos sus vasallos rompiesen el juramento de obediencia y se sublevasen contra la autoridad imperial. Y mientras tanto el Condestable Borbon se dirigia con su fuerte golpe de gentes á la Ciudad Eterna, como si le poseyeran la cólera de Alarico y la codicia de Aníbal.

Apenas puede comprenderse toda la ferocidad de aquellos ejércitos que pasaban por uno de esos períodos críticos llamados de renovacion y de mudanza en que las faltas antiguas y los antiguos vicios se recrudecen, y no se adquieren, y si se adquieren, no se fortifican las virtudes nuevas. Residuos de los ejércitos feudales, comienzos de los ejércitos monárquicos, aquellas bandas pasaban por una de esas crisis tan peligrosas para las corporaciones en sí como para las sociedades que las sustentan. Los soldados, de puro batallar, habian perdido los humanos sentimientos de caridad, y héchose incapaces de toda misericordia. Ningun dolor humano les movia en su nativa crueldad á misericordia. La atmósfera propia de su pecho parecia el humo de los incendios, la necesidad primera de su vida la matanza y el exterminio; prendian fuego á los monumentos mas maravillosos con tal de calentarse en sus llamas; saciaban los apetitos carnales como las fieras de las selvas, en la

primer hembra encontrada por casualidad y al paso; carecian de todo respeto á la propiedad y acaparaban cuanto en sus manos caía, creyendo á la victoria heredera universal de todos los vencidos; y doquier pasaban solian dejar tan yermos los territorios como suelen las langostas dejar desolados los campos. Estos ejércitos, huracanes de embravecidas pasiones, dirigíanse á Roma, cuando Roma contaba por todo escudo la debilidad y la irresolucion de Clemente VII.

No corren las ráfagas del huracan como corrian las huestes del Condestable. Andando quince ó veinte millas por dia, dejaban los valles del Arno é iban rápidamente á los valles del Ambra; dejaban los valles del Ambra é iban por las riberas del Palla que, aumentado á causa de las lluvias primaverales, habian de pasar casi nadando, ó por lo menos ofreciendo en grandes pelotones y grupos á la corriente una invencible resistencia ó buscando difícilísimos vados que, una vez vencidos, les llevaron cerca de Viterbo, cuyos alrededores saquearon, abriéndose así el camino de Roma, á cuyo monte Mario llegaron el dia 5 de mayo de 1527.

Desde esta eminencia, con tal nombre llamada, no por el célebre general, sino por epicúreo ciudadano, que construyera deliciosa quinta en sus cumbres, podia descubrir el impaciente saqueador, arrastrado á tal sitio por la codicia, el inmenso despojo caido á sus plantas, y adivinar el cuantiosísimo tesoro entregado á sus voraces gentes. Entre los esmaltes de luminoso cielo y las aterciopeladas y húmedas campiñas, cuyos vapores exhalan como el soplo de la muerte; circuida de cipreses, que le dan el aspecto de un vasto cementerio; cortada por cordilleras de sepulcros y por fragmentos de colosales edificios, sobre cuyo polvo se extienden las zarzas, las ortigas y los jaramagos; levántase la Ciudad Eterna, cuyas cuatrocientas cúpulas, verdaderos depósitos de reliquias y de ex-votos, ocultan las innumerables alhajas ofrecidas por la piedad materialista de los fieles á los santos de su devocion, verdaderos númenes de la vida, mantenidos y pagados de antiguo con ricas y cuantiosísimas ofrendas. ¡Qué presa para quien se movia por la codicia y atravesaba todos los espacios de Italia en pos de un riquísimo despojo, despues de no haber podido ejercitarse en otra cosa mas que en pobre y mezquino merodeo!

Clemente VII, destituido de toda prevision, y mal informado por sus

débiles autoridades, no supo la proximidad del Condestable hasta que no vió aparecer sus huestes en Viterbo. Ninguna precaucion habia tomado contra calamidad tamaña. Su erario, que pudiera enriquecer con el nombramiento de seis cardenales, hallábase agotado y exhausto; su ciudad, que pudiera salvar con cualquier cuerpo de ejército, hallábase desguarnecida é indefensa. En su angustia no sabia hacer otra cosa, sino mesarse el cabello, dolerse á grito herido, echarse en brazos de sus cortesanos como una mujer perseguida, rendirse como desmayado al pié de los altares, invocando los patronos de su familia y los santos de su devocion ¡ah! sin grande esperanza de la celestial misericordia. En tal grado derramó la angustia en torno suyo que el embajador de Inglaterra empeñó sus joyas y vajillas para procurar algun recurso con que sostener á los primeros defensores y ocurrir á las primeras necesidades del sitio. El general pontificio era un Orsino, célebre por su incapacidad; y el ejército una turba allegadiza, compuesta de lacayos y pinches, capaz quizá de defender, en guisa de domésticos una casa, incapaz ciertamente de defender una ciudad.

Entre tanto, acercábanse los sitiadores á las dos históricas colinas del Vaticano y del Janículo, célebre esta por el rey Jano que le dió su nombre y célebre aquella por los antiguos jardines de Neron esclarecidos en una noche horrible por los cuerpos embreados de los primeros cristianos, que ardian como humanas antorchas encendidas por el inhumano furor de la demencia coronada; inmortal uno de los montículos á causa de haberse encontrado en él los restos de Numa Pompilio y de haberse adherido al recinto de la Ciudad Eterna por virtud de los mandatos de Anco Marcio; é inmortal á su vez el otro montículo, porque allí se ofrece á los fieles el sepulcro de Pedro y la primera Basílica del orbe; y cuando debian hallarse preservados por el prestigio de su historia, hallábanse, al revés, próximos á beber torrentes de sangre ¡ay! en una de las catástrofes que mas ha oscurecido la historia y que mas ha espantado á la humanidad. Aun era fácil de defender aquel recinto de la ciudad por el rio que serpenteando lo atraviesa; por las cortinas de murellones que en todos sentidos se dilatan; por las fuertes torres cuya hermosura no daña en nada ciertamente á su solidez y á su resistencia; por la division natural en tres ó cuatro ciudades, cada una de las cuales exigia un ataque

aparte; por el dédalo de calles y por la aglomeracion de monumentos, mas difíciles de superar que muchos castillos y de atravesar que muchos fosos; por las innumerables condiciones de un terreno, tal como aquel terreno de Roma. Mas para esto se necesitaba, por lo menos, romper algunos puentes, levantar algunos reductos, establecer algunas líneas estratégicas, ocurrir por cualquier medio á la defensa; y nada arbitraron y nada hicieron ni el pueblo romano, ni el Pontífice-rey, conducente á contrastar el próximo combate y preservarse de la terrible catástrofe. Frente á frente de aquella indiferencia tronaba el Condestable Borbon, impaciente por conseguir un resultado y por satisfacer y aun saciar á los suyos. Así es que, en la tarde misma de su llegada, queria intentar el asalto, que realizara, de no impedírselo la necesidad de apercibir los arcabuces y de arreglar las escalas.

Nunca jamás habia estado tan hermosa la Ciudad Eterna. El Renacimiento, venido á plenitud, tendia sus esmaltes sobre la eterna capital de la inspiracion y del Catolicismo; San Pedro se iba levantando á las alturas; los discípulos de Rafael, todavía no dispersos, traspasaban á las paredes los posteriores reflejos de aquella grande alma que acababa de tocar en su ocaso; los frescos del Vaticano, recién pintados, parecian dar vida tanto á los doctores de la Iglesia como á los maestros de la filosofía, tanto á los poetas helenos y romanos como á los poetas de las edades cristianas; encontrábanse en las cavernas de las ruinas los grotescos antiguos adivinados con todos sus esplendores en las logias del Palacio Pontificio; indicaba el Moisés gigantesco, tallado en mármorea mole, todos los crecimientos del hombre como las grecas y los floreos y los esmaltes y las guirnaldas y los ramos puestos por Cellini en los metales indicaban todos los florecimientos del espíritu primaveral de aquel gran siglo; las ruinas comenzaban á hablar y las estatuas clásicas á erguirse, surgiendo de las inscripciones funerarias y de las leyendas seculares enjambres de ideas como surgen por abril de las dormidas larvas enjambres de mariposas; aquí las Sibilas de Buonarotti entonaban el cántico de la esperanza; allí los santos de Fra Angélico murmuraban oraciones á cuyos acentos descendian del cielo en tropel los serafines llamados por el reclamo de tanto misticismo; acullá la Galatea antigua, en su siciliano mar, sobre su concha de nácar, llevando de las riendas los delfines, circuida de ninfas que sacaban

las cabelleras de algas sembradas de perlas entre las espumosas olas donde coleteaban los tritones, traía en sus labios de rosa la resurrección del Paganismo, y no lejos de ella la Psiquis ideal contemplaba los cielos del espíritu y suspiraba por los amores infinitos, mientras al rededor de estas maravillas, soldados mas ciegos que los conducidos por Alarico, apercibían las teas y ensayaban los martillos para destruir, como los ángeles exterminadores del Apocalipsis, caballeros en rojos y ensangrentados cometas, la majestad, la gloria, el esplendor de tantas y tan sublimes grandezas.

La detención, que las necesidades del asalto opusieron á las impacencias del Condestable, fué de veinticuatro horas. En la mañana siguiente al día del arribo dirigíanse lansquenets y españoles hácia el sitio conocido en la vulgar lengua romana con la denominación del Borgo, en cuyos espacios se asienta la ciudad del Vaticano y la Basílica primera del mundo. Sus muros, al parecer mas bajos que los muros del resto de Roma, excitaban la cólera y la impaciencia de los españoles. Era de ver, á las primeras tintas de la aurora, entre sus tropas sobreexcitadas por la codicia, caballero en hermoso alazan, despidiendo de su mirada relampagueante la esperanza de una próxima victoria, enardecido por el hervir de su sangre guerrera, entusiasmado por la audacia misma de aquel hecho y por la proximidad inmediata del desquite, al Condestable Borbon, rebosando vida en el momento mismo en que batía sobre aquella su olímpica frente las tristes alas de murciélago el terrible espectro de la muerte. Todos podían reconocerle; porque, no obstante el peligro, despreciándolo como siempre, habíase ceñido á su armadura y cota de malla, un dormán blanco, el cual ciertamente le distinguía de los suyos y llamaba sobre su persona las balas. Horrible grito, lanzado por uno y otro bando, y parecido al rugir de las fieras en lucha; doble descarga, hecha por los pontificios desde los muros y por los imperiales desde los fosos, parecidas al doble estruendo de dos nubes tempestuosas que mezclan sus relámpagos y sus truenos, comunicaron casi á la misma tierra los estremecimientos de aquellos ensoberbecidos corazones. A tantos siniestros ruidos mezclaba sus cañonazos el fuerte de San Angelo, cuya formidable artillería, pasando sobre el Borgo, molestaba con sus proyectiles á los sitiadores. Hasta la naturaleza misma, que asiste indiferente á estas desgracias del humano espíritu y de la humana

sociedad, pasando sobre nuestras cabezas como pueden pasar sobre un hormiguero nuestros piés; hasta la naturaleza misma parecía tomar parte activa en aquella inverosímil contienda. Salió el sol esplendente, y á los pocos minutos, sus rayos sacaron de los campos espesas nieblas, favorables á los imperiales que podían aproximarse á las murallas sin ser vistos, y desfavorables á los pontificios, que no podían columbrar así el blanco de sus armas. El Duque de Borbon, general y soldado, de los primeros en el ataque, de los últimos en la retirada; con esa audacia, pocas veces permitida á los jefes, cogió una escala, arrojóla rápidamente al muro, y saltando del caballo á las cuerdas, comenzó á subir con presteza y á incitar á los suyos con gritos propios de su imperiosa voz á que le imitasen y siguiesen. Suspendido estaba sobre el abismo; trepando por la escala el muro, cual si volara; y en el momento de acercarse al término de su temeraria ascension, una bala enemiga le dió en la ingle derecha y le derribó en los hondos fosos. Otro general, de menos ánimo, curárase con seguridad, en aquel trance supremo, de su último paso por la vida y de su próxima llegada á la eternidad; pero el Condestable, incapaz de desmentir su bravo natural, ni siquiera ante la muerte, rogó á uno de los suyos que le cubriera el rostro y ocultara el caso, para que las tropas no desmayaran ni cesaran en el comienzo de la empresa. Y cuando la fiebre le aniquilaba, y la vida se le iba, en el estertor último de la agonía, exclamaba fuertemente: «Á Roma, á Roma.»

Acostumbraban los antiguos Césares á tener funerales sangrientos. En torno de la pira, donde su cuerpo se consumía, chorreaba la sangre de innumerables animales ofrecidos en holocausto, mezclada con la sangre de innumerables gladiadores, que entre sí mutuamente se perseguían y se mataban, para ofrecer, hasta después de haber caído sobre ellos el sueño eterno, estos horrores á los horribles tiranos. Pues funerales mas trágicos que aquellos tuvo el Condestable Borbon en la trágica toma de la Ciudad Eterna. Púsose inmediatamente á la cabeza de las bandas el príncipe de Orange, y comenzó la invasión sangrienta en el recinto cerrado. La muerte del general no sirvió mas que para excitar el odio y la venganza de sus gentes. Al pronto los sitiados resistieron; pero luego la inundación de sitiadores creció hasta obligarles á abandonar los muros y correr á la fortaleza, que, levantando en aquel hor-